

El viajero Baeza Flores

MADRID (Por Pedro Shimose).- El poeta chileno Alberto Baeza Flores concebía la vida como un viaje. No en el sentido metafísico del "homo viator" de los creyentes, sino como hecho real y mental: "el más breve viaje por un sueño". Al final de ese viaje, Baeza Flores ha muerto en Miami, el pasado 6 de enero, repitiendo el epitafio de su paisano, el escritor Augusto DHalmar: "No vi nada, sino el mundo. Nada me pasó, sino la vida".

Vitalista, angelical, candoroso, Alberto vivió en el aire, volando en aviones que lo llevaron a todas partes. Su entusiasmo, su capacidad de asombro, su gracia infinita y sus prisas por conocer países, ciudades, pueblos y gentes, lo convirtieron en nómada mágico, peregrino de quimeras.

Nacido en Santiago de Chile, el 11 de enero de 1914, a los veinticinco años de edad salió de su país y "desde entonces -escribiría en 1969- soy un errante, un *pata de perro*... y esta errancia dura ya treinta años y es muy posible -o casi seguro- que andaré lejos de Chile cuando cierre los ojos para no volverlos a abrir más..."

Así ha sido. En Miami cerró los ojos con un expreso deseo. "Y si alguien me recordara, algún día, quisiera que me viera así: caminando por las calles de alguna ciudad distante, recorriendo caminos o carreteras lejanas, viajando en tren largas distancias, pa-

sajero en autobuses y, también, esperando en algún aeropuerto el minuto de llamada para el vuelo tal o cual. Siempre he creído y sentido que el mundo, el planeta, era mi casa". Esto escribió Alberto en el prólogo a su libro de crónicas de viajes *Visión del mundo* (Madrid, 1977). El poeta viajaba para descubrirse a sí mismo y para evocar líricamente sus experiencias. "Viajar es ser -dijo-; viajar no es sólo ver, sino también verse, sentirse parte de algo..."

El poeta ha muerto contemplando el mar Caribe. A él le habría gustado morir -así está escrito- contemplando el Océano Pacífico, "su" océano chileno, el de su infancia, pero no ha sido así. Se fue "ligero de equipaje" y sin billete de vuelta, queriendo por igual al mundo, a toda "su" América, la nuestra, y en especial a Cuba, a República Dominicana y a Costa Rica, países donde residió gran parte de su vida errabunda.

Ahora que el poeta se ha marchado para siempre, conviene recordar sus propias palabras. Un día, caminando por la India. Baeza Flores observa cómo los hindúes arrojan las cenizas de sus muertos a las aguas del río Ganges: "...como soy un nostálgico irremediable -escribiría después- pienso que, acaso, a través de mis cenizas errantes pueda volver a las playas de mi infancia y adolescencia... Mi inmenso Ganges es el Océano Pacífico..."

las Últimas Noticias
7-2-98 p. 33

ME 7 DGO

(Cortado)